

—¿Por qué mentís? Vedle: no puede contenerse. Yo sé que me le han robado como nos han robado todo.

Fué á sentarse en el escritorio junto á su madre. Ésta habia adivinado sin duda el nuevo golpe recibido por su hija, porque sus ojos fueron de ella á Colombar y de éste á *La Dicha*. Era cierto; todo les robaban. Al padre la fortuna, á la madre su moribunda hija, á ésta un esposo esperado hacia diez años. Ante aquella familia condenada, Dionisia, cuyo corazon se anegaba de piedad, temió ser mala. ¿No iba á poner su mano en la máquina que aplastaba á la pobre gente? Pero se sentia arrastrada, y no creia ser malvada por ello.

—¡Bah!— dijo Baudu para darse valor— no nos hemos muerto todavía. Por un cliente ménos vendrán diez nuevos. Oye, Dionisia, tengo ahí sesenta mil francos, que no dejan dormir á tu Mouret... ¡Á ver vosotros si dejais esa facha de desventurados!

Pero no pudo consolarles, y hasta él mismo estaba consternado. Todos miraban al monstruo ensimismados, llenos de dolor. Acababan las obras y se quitaban los andamios, descubriendo la fachada del colosal edificio rasgada por claras ventanas. Á lo largo de la acera se alineaban ocho coches que los mozos cargaban uno despues de otro, ante la oficina de expediciones. Á la luz del sol que llenaba la calle, brillaban las verdes cajas de los carruajes, enviando reflejos hasta el fondo de *El Viejo Elbauf*. Los cocheros, vestidos de negro correctamente, sujetaban los tiros de soberbias guarniciones. Cuando se llenaba un carruaje rodaba sonoramente sobre el empedrado, haciendo temblar las vecinas tiendecillas.

Ante aquel desfile triunfal que debian sufrir dos veces al día, el corazon de los Baudu se oprimió. El padre se volvia loco preguntándose á dónde podia ir aquella inundacion de mercancías, mientras la madre, sufriendo con las torturas de su hija, seguia mirando sin ver, con los ojos preñados de lágrimas.

IX

El 14 de Marzo, lúnes, *La Dicha de las Damas* inauguraba los nuevos almacenes con la gran exposicion de novedades de verano, que debia durar tres dias. Fuera soplaban aire fresco, y sorprendidos los transeuntes con aquel falso regreso del invierno, pasaban rápidamente, abotonados en sus gabanes. Detras de las cerradas puertas de las tiendas vecinas se veian, adosadas á los cristales, las caras pálidas de los pequeños comerciantes, ocupados en contar los primeros carruajes delante de la nueva puerta de honor de la calle Neuve-Saint-Augustin. Aquella puerta, alta y profunda como pórtico de iglesia, coronada con un grupo, la Industria y el Comercio dándose la mano entre complicados atributos, estaba protegida por una ancha marquesina, cuyos recientes dorados parecian iluminar la calle con un reflejo solar. Á derecha é izquierda la fachada, aun con el brillo del revoque reciente, se extendia dando vueltas á las calles Monsigny y de la Michodière, aislando el edificio, excepto en la calle del Dix-December, en donde construia el *Crédito Inmueble*. En toda la longitud de la casa veian los pequeños comerciantes, por entre los cristales que desde el piso bajo al segundo abrian la casa al sol del Mediodía, el cúmulo de mercancías. Aquel cubo enorme, aquel colosal bazar parecia cubrirles el cielo y entrar por algo en el frio que les hacia estremecer en el fondo de sus helados mostradores.

Desde las seis se hallaba allí Mouret dando órdenes. En el centro, al eje de la puerta de honor, corria una galería de extremo á extremo, flanqueada por otras dos más pequeñas: la galería Monsigny y la de la Michodière. Se habian puesto biombos acristalados formando secciones, y las escaleras de hierro subian desde el piso bajo, y puentes-pasadores del mismo metal iban de uno á otro extremo en ambos pisos. El arquitecto, inteligente y enamorado de los tiempos nuevos, no se habia servido de la piedra más

que para los pisos y los soportes angulares, montando la armazón de hierro y fiando á las columnas el sostenimiento de vigas y viguetas. Las bovedillas de los pisos y los tabiques interiores eran de ladrillo. Por todas partes había ancho espacio; el aire y la luz entraban libremente, y el público circulaba á su gusto. Era como la catedral del comercio moderno, sólida y ligera, hecha para un pueblo de compradores. Abajo, en la galería central, cerca de la puerta, estaban las corbatas, los guantes y la seda; la galería Monsigny estaba ocupada por la lencería y los algodones, y la de la Michodière por la mercería, la pañería y las lanas. En el piso principal estaban las confecciones, la ropa blanca, los chales, los encajes y nuevas secciones; en el segundo estaban relegadas la ropa de cama, las alfombras, las telas de tapicería, todos los artículos de pesado manejo. En aquel momento el número de secciones era de treinta y nueve, servidas por mil doscientos empleados y doscientas mujeres. Un pequeño mundo que bullía bajo las altas naves metálicas.

La única pasión de Mouret era la de vencer á la mujer. La quería reina en su casa, pero había levantado aquel templo para tenerla allí á merced suya. Aquella era toda su táctica; agobiarla con cuidados galantes y traficar con sus deseos excitando su fiebre. Noche y día se rompía la cabeza en busca de nuevos atractivos. Deseando evitar la subida de los dos pisos á las señoras delicadas, había instalado dos ascensores forrados de terciopelo. Abrió un *buffet*, en donde daba gratis refrescos y bizcochos, y un salón de lectura, galería monumental adornada lujosamente, en la que aventuró una exposición de cuadros. Pero su idea primordial era, en la mujer sencilla, conquistar al hijo para llegar á la madre. No perdía ninguna fuerza, especulando con todos los sentimientos y abriendo secciones para niñas, deteniendo á las mamás al paso y ofreciendo á aquéllas estampas y globitos. Era un golpe de genio aquel regalo de los globos de fino caoutchouc á cada compradora, y que sujetos al extremo de un hilo, con el nombre del almacén en letras gruesas, se paseaban por las calles sirviendo de viviente reclamo.

Su gran fuerza era, sobre todo, el *reclamo*. Mouret llegó á gastar trescientos mil francos anuales en catálogos, anuncios y carteles. Para su venta de novedades de verano había tirado doscientos mil catálogos, cincuenta mil de ellos en todos los idiomas, para el extranjero. Al presente los ilustraba con grabados y mues-

tras pegadas en las páginas. Era una inundación de muestras: *La Dicha de las Damas* se metía por los ojos de todo el mundo; tapaba las paredes, los periódicos y hasta los telones de los teatros. Decía que la mujer es débil ante el reclamo y que acaba por ser distraída por el ruido. La tendía los lazos mejor combinados, analizándola como gran moralista. Había descubierto que la mujer no resiste á la baratura, y que compra sin necesidad cuando cree hacer un buen negocio; y tomando por base esta observación, aplicaba su sistema de disminuir el precio, bajándolo en artículos no vendidos y vendiéndolos con pérdida, fiel al principio de la continua renovación de mercancías. Penetró más aún en el corazón de la mujer é imaginó las *devoluciones*, obra maestra de seducción jesuítica.

—Llevad lo que queráis, y devolvednos el género si no os gusta.

Y la mujer que resistía encontraba en aquello una excusa y la posibilidad de volver sobre una locura, llevándose el género con la conciencia satisfecha. Las devoluciones y las bajas de precio entraban en el organismo clásico del nuevo comercio.

Donde Mouret se revelaba como dueño sin rival era en el arreglo interior de *La Dicha de las Damas*. Era de rigor que ni un rincón de los almacenes estuviese desierto; quería gente y animación por todas partes, porque la vida llama á la vida, según decía.

De esta ley sacaba multitud de aplicaciones. La primera, que debía haber apreturas para entrar, y llegaba á esto colocando en la puerta cajas y *corbeilles* llenas de artículos inferiorísimos, haciendo que la gentecilla se agolpase y obstruyese la entrada, é hiciese creer que los almacenes bullían de gente, cuando todos estaban medio llenos. Disimulaba las secciones que holgaban, como los chales en verano y los percales en invierno, rodeándolas de secciones de mucha venta y metiéndolas entre el bullicio. Él imaginó llevar al piso segundo las secciones de alfombras y muebles, en cuyos mostradores eran más raros los compradores, y que abajo hubieran sido como claros vacíos y fríos. Si hubiese podido hubiese hecho pasar la calle á través de su casa.

Precisamente se hallaba Mouret en momentos de inspiración. El sábado por la noche, al dar un vistazo á los preparativos de la gran venta del lunes, de que se ocupaba hacía un mes, se convenció de que la distribución de las secciones era deficiente. Que-

ría una distribución de absoluta lógica: á un lado los tejidos, al otro los objetos confeccionados, órden inteligente que permitiría al comprador dirigirse solo, poniéndole todo al alcance de la mano. Había soñado con esto en otro tiempo en la estrecha tienda de la señora Hedouin, y se sentía vacilar el día que lo realizaba, cuando exclamó bruscamente:

— Hay que revolver todo esto.

Desde hacía cuarenta y ocho horas se trasladaba parte de los almacenes. La dependencia pasó dos noches y todo el domingo en medio de un desórden espantoso, azorada, molida. El lunes por la mañana, una hora ántes de abrir, no estaban aún colocados los géneros. El principal estaba loco seguramente; nadie comprendía aquello: era una consternación general.

— ¡Vamos, despachemos! — gritaba Mouret con la tranquila seguridad de su genio. — Hay que llevar arriba estas ropas hechas... ¿Está instalado el Japon en el descansillo central? ¡Un esfuerzo más, hijos míos, y veréis en seguida qué venta!

Bourdoncle estaba también allí desde la madrugada. Comprendía ménos que nadie y seguía con la mirada inquieta al principal. No se atrevía á preguntarle, sabiendo de qué modo sería recibido en aquel momento crítico, y se decidió á decir tímidamente:

— ¿Para qué necesitais revolverlo todo la víspera de nuestra exposición?

Mouret se encogió de hombros sin contestar; pero ante la insistencia del otro, estalló:

— ¿Queréis que las compradoras se agolpen en un solo rincón? ¡Buena idea de geómetra tuve ántes! ¿No comprendéis que localizo el gentío? Entra una mujer, va á donde quiere pasando de la camisa al vestido y del vestido al abrigo, y se va sin haberse extraviado... Ni una dejará de ver nuestros almacenes.

— Pero — insistió Bourdoncle — una vez revuelto todo y exparcido á los cuatro vientos, van á gastar los dependientes las piernas llevando á las compradoras de seccion en seccion.

— En esto me fundo — contestó Mouret con gesto soberbio. — Son jóvenes y eso les hará crecer. Tanto mejor si se pasean; parecerán más y aumentarán la concurrencia.

Se rió y explicó su pensamiento en voz baja:

— Escuchad, Bourdoncle, y veréis los resultados. Primero: el vaiven continuo de compradores les dispersa un tanto y les hace perder la cabeza; segundo: como hay que llevarles de un

lado para otro, si en uno compran la tela y en otro el forro, estos viajes aumentarán para ellos el espacio del almacén; tercero: atraviesan secciones en que no hubieran puesto los piés, y les salen al paso las tentaciones y sucumben; cuarto...

Bourdoncle se rió con él. Encantado Mouret se detuvo para decir á los mozos:

— ¡Muy bien, amigos míos! Ahora un buen barrido y todo estará concluido.

Al volverse vió á Dionisia; estaban delante de la seccion de confecciones, á la que habian llegado al hacer subir los trajes hechos al piso segundo, al lado opuesto del almacén. Dionisia, que habia bajado la primera, abría ojos tamaños, extraviada por el nuevo arreglo.

— ¿Qué ocurre? — dijo. — ¿Hay mudanza?

Su sorpresa pareció divertir á Mouret, que se moría por los golpes teatrales. Desde primeros de Febrero habia vuelto Dionisia á *La Dicha*, donde encontró al personal cortés y casi respetuoso. La señora Aurelia estaba, sobre todos, benévola; Margarita y Clara parecían resignadas, y hasta habia cambiado el padre Jouve, que doblaba el espinazo con aire cortado, como deseoso de borrar el feo recuerdo de otro tiempo. Habia bastado una palabra de Mouret para que todas cuchicheasen siguiéndola con la vista. En medio de la general amabilidad la herían un poco la singular tristeza de Deloche y las sonrisas inexplicables de Paulina.

Mouret la miró con su alegre aire de siempre.

— ¿Qué buskais, señorita? — preguntó.

Dionisia no le habia visto y se ruborizó ligeramente. Desde su vuelta habia recibido de él pruebas de bondad que la conmovían mucho. Sin que ella supiese con qué objeto, la contó Paulina al menudeo los amores del principal y de Clara, dónde la veía y cuánto la daba, y añadió que tenía otra querida, aquella señora Desforges, bien conocida del almacén todo. Estas historias alteraban algo á Dionisia, y delante de él sentía los temores de otros tiempos, un malestar en que su gratitud luchaba con su enfado.

— Esta es toda una mudanza — murmuró.

Mouret se aproximó y la dijo en voz baja:

— Esta noche, despues de la venta, servios pasar á mi despacho. Deseo hablaros.

Ella inclinó la cabeza turbada y sin decir nada. Entró en la seccion cuando llegaban las demas oficiales. Bourdoncle habia

oído á Mouret y le miró sonriendo, diciéndole al verse solos :

—¿Todavía? Desconfiad : eso acabará por algo serio.

Mouret se defendió vivamente, ocultando su emocion bajo un aire de sencillez.

—Dejadlo correr : es un juego. ¡ La mujer que me enganche no ha nacido, querido !

Se abrian los almacenes y corrió á dar una ojeada final. Bourdoncle movió la cabeza ; aquella Dionisia sencilla y dulce empezaba á inquietarle. Habia vencido una vez despidiéndola. Pero reaparecia y la sentia volver tan fuerte que la consideró adversaria formidable, y decidió esperar su hora, si debía llegar.

Mouret, á quien se unió, gritaba abajo en la seccion de San Agustín, frente á la puerta de entrada :

—¿Es que no se hace caso de lo que yo digo ? ¡ He dicho que las sombrillas azules á sus cajas ! ¡ Quitadme esto en seguida !

No queria oír nada, y buen número de mozos tuvo que variar la exposicion de sombrillas. Viendo llegar á los compradores hizo cerrar las puertas, diciendo que no se abrian mientras no viese hecho lo que mandaba. Aquello truncaba su pensamiento. Los arregladores de escaparates, Hutin, Mignot y otros, fueron á ver, pero afectaron no comprender lo que no pertenecía á su escuela.

Al fin se abrieron las puertas y entró la gente. Á primera hora, y ántes de llenarse los almacenes, se produjeron tales apreturas en el vestibulo que fué precisa la intervencion de los agentes de la autoridad para restablecer la circulacion en las aceras. Mouret habia calculado bien : un apretado gentío de poco más ó ménos asaltaba las gangas, los retales y el género barato, que llegaba hasta la calle. Con las manos en el aire tocaban los colgajos de la puerta : un *calicot* á siete sueldos, y un *orleans* á treinta y ocho céntimos que hacia estragos en los bolsillos pobres. Habia febril movimiento en torno de las cajas y las *corbeilles*, en donde los artículos con rebaja, los encajes á diez céntimos, las cintas á cinco sueldos, las ligas á tres, los guantes hilo de Escocia, camisas, cuellos, corbatas, calcetines y medias de algodón, desaparecian como tragados por la multitud. Los dependientes que vendian en plena calle no eran bastantes, á pesar del frio que hacia. Una mujer gruesa chilló, y dos muchachas estuvieron á punto de ser aplastadas.

Durante la mañana aumentó la afluencia. Á la una se estableció cola y se obstruyó la calle como en tiempos de motín. La se-

ñora de Boves y su hija Blanca estaban dudando en la acera, cuando fueron abordadas por la señora de Marty, acompañada de su hija Valentina.

—¡ Cuánta gente !—dijo la primera—se matan ahí dentro. No pensaba venir ; estaba en cama y me levanté para tomar un poco el aire.

—Como yo—dijo la otra.—Prometí á mi marido ir á ver á su hermana, en Montmartre, y al pasar me acordé de que necesito una pieza de cordoncillo, y tanto da comprarlo aquí como en otra parte. No pienso gastar nada más, porque no necesito nada.

Sin embargo, sus ojos se clavaban en la puerta, y se sentian como arrastradas por el gentío.

—No, yo no entro, tengo miedo—murmuró la de Boves.—Vámonos, Blanca, nos van á atropellar.

Pero su voz era falsa, y cedía al deseo de entrar donde entraban todos. La de Marty se dejó ir tambien, repitiendo :

—Coge mi vestido, Valentina... ¡ No he visto cosa como ésta ! Parece que nos llevan, conque ¡ qué será dentro !

Cogidas por la corriente no podian retroceder. Como los rios atraen hácia ellos las aguas errantes del valle, parecia que la ola de compradores que corria en el vestibulo sorbia á los transeuntes de la calle, aspirando la poblacion de los cuatro extremos de París. Avanzaban lentamente, oprimidas y sin aliento, sostenida por las espaldas y los vientres, cuyo blando calor sentian. Su deseo satisfecho gozaba con aquella penosa llegada que espoleaba su curiosidad. Era aquello una mezcolanza de señoras vestidas de seda, mujeres del pueblo con modestos trajes, y niñas con el pelo suelto, todas con igual fiebre. Algunos hombres metidos allí echaban inquietas miradas en derredor. Una nodriza levantaba en alto su rorro, que reia. Una mujer gorda se encolerizaba, estallando en palabrotas, acusando á una vecina de empujarla demasiado.

—Me parece que se va á quedar aquí mi falda—repetia la señora de Boves.

La de Marty, con la cara roja por el frio, se alzaba para ver la perspectiva del almacén por cima de las cabezas. Las pupilas de sus ojos grises se achicaban como las de un gato ante la luz, y parecia no ver nada su mirada, nublada como la de persona que se despierta.

—¡ Ah, por fin !—dijo, dando un suspiro.

Habían entrado. Estaban en la seccion Saint-Augustin, y fué grande su sorpresa al verla casi desierta. Pero sintieron grato bienestar como si entrasen en la primavera desde el invierno de la calle. Miéntras fuera soplabá el viento helado, la buena estacion templaba el interior de *La Dicha*, con las telas ligeras, el florido brillo de los tiernos matices y la alegría campestre de las modas de verano y las sombrillas.

— ¡Mirad! — decia la de Boves, inmóvil y con la vista fija.

Era la exposicion de sombrillas, que cubria la seccion de abajo á arriba. Al rededor de las cimbras de los pisos superiores dibujaban festones y caian en guirnaldas por las esbeltas columnas; á lo largo de la galería, y hasta sobre las escaleras se apretaban en filas; por doquiera se veían arregladas simétricamente, cubriendo las paredes de rojo, verde y amarillo, pareciendo grandes linternas venecianas encendidas para una fiesta colosal. En los ángulos se veían estrellas formadas por sombrillas de á treinta y nueve sueldos, cuyos colores claros, azul pálido, blanco crema, brillaban suavemente, miéntras abajo se encendian con reflejos de incendio los quitasoles japoneses, que llevaban grullas pintadas en oro sobre cielo color de púrpura.

La señora Marty buscaba una frase que demostrára su gozo, y sólo halló esta exclamacion:

— ¡ Parece un cuento de hadas!

— El cordoncillo está en la mercería — continuó, tratando de orientarse — compro mi cordon y me voy.

— Os acompaño — dijo la de Boves. — Blanca, atravesarémos el almacén y nada más.

Pero se habían extraviado. Volvieron á la derecha; pero como la mercería se había trasladado, se encontraron en la seccion de pieles sueltas. Hacía calor en las galerías, un calor de estufa, cargado del olor de las telas, en el que se ahogaba la gente. Volvieron delante de la puerta, en la que se formaba una corriente de salida, todo un desfile interminable de mujeres y niños, sobre el que flotaban nubes de globitos rojos. Se habían preparado cuarenta mil de éstos, y mozos especialmente encargados de distribuirlos. Al ver aquello hubiera podido decirse que eran enormes bolas de jabon que reflejaban el incendio de las sombrillas. Todo el almacén estaba iluminado.

— Esto es un mundo en pequeño — declaró la señora de Boves; — no sabe una ni dónde está.

Aquellas señoras no podían permanecer en el remolino de la puerta con el vaiven de la entrada y salida. Felizmente fué en su socorro el inspector Jouve; estaba en el vestíbulo, grave, atento, examinando á cada mujer al paso. Encargado especialmente de la policía interior, olfateaba á las ladronas, y seguía á las mujeres gruesas, cuyos ojos febriles le inquietaban.

— ¿La mercería? — dijo cortésmente. — Volved á la derecha, allá abajo, detras del punto de algodon.

La señora de Boves dió las gracias. Pero la de Marty no vió cerca de ella á su hija Valentina, y ya se apuraba, cuando la apercibió léjos, al extremo de la seccion Saint-Augustin, profundamente absorta ante una subasta de corbatas de señora á diez y nueve sueldos. Mouret estableció la subasta, ofreciendo los artículos en voz alta, y atrayendo y desbalijando al comprador, porque usaba de todos los reclamos y se burlaba de la discrecion de algunos colegas, que opinaban que las mercancías debían venderse por sí mismas. Tenía dependientes especiales, parisienses haraganes y habladores, y así daba salida á considerables cantidades de géneros ínfimos.

— Mira estas corbatas — murmuró Valentina; — tienen un pájaro bordado en el extremo.

El dependiente juraba que el género era pura seda, que el fabricante estaba en quiebra, y que jamas se vería ocasion semejante.

— ¡ Diez y nueve sueldos! — decia la señora de Marty, tan encantada como su hija. — ¡ Bah! podemos tomar dos; no serémos más pobres por eso.

La de Boves estaba desdenosa. Detestaba la subasta y no iba nunca á un dependiente que la llamase. La de Marty no la comprendía: ella gustaba de que se luchase con la pública oferta, gozando en sobarlo todo y perder el tiempo en palabras inútiles.

— Ahora, en seguida, al cordoncillo. No quiero ver nada más.

Pero al atravesar los *foulards* y la guantería, desfalleció nuevamente. Había allí, bajo la luz difusa, un escaparate de coloracion viva y alegre, de un efecto encantador. Los mostradores, simétricamente alineados, parecían platabandas que convertían la seccion en un jardín frances, en que sonreía la tierna gama de las flores. Sobre ellas, y en cajas abiertas y demasiado llenas, enseñaban los *foulards* el rojo vivo del geraneo, el blanco lechoso de las petunias, el amarillo oro de las crysantemas y el azul celeste de las verbenas; más arriba, sobre pasaderas de cobre, se alzaba

otra florescencia; fichús tendidos, cintas desarrolladas, brillante cordon se prolongaba subiendo por las columnas, y multiplicándose en los espejos. Pero lo que atraía gente en la guantería era un *châlet* suizo, hecho todo con guantes, obra maestra de Mignot, que había empleado dos días en ella. El piso bajo estaba hecho de guantes negros: luego venían los guantes pajizos, reseda, sangre de toro, distribuidos en los adornos, guarneciendo las ventanas, indicando los balcones y reemplazando á las tejas.

—¿Qué desea la señora?—preguntó Mignot, viendo á la de Marty delante del *châlet*.—Aquí tenéis guantes Suecia á un franco setenta y cinco, de primera calidad...

Llamaba á las que pasaban desde el fondo de su mostrador, importunándolas con su cortesanía. La señora Marty rehusó con la cabeza, y él continuó:

—Guantes del Tirol á un franco veinticinco; guantes de Turin, bordados en todos los colores.

—Gracias, no necesito nada—dijo la señora de Marty.

Pero su voz se ablandaba; él la atacó más rudamente, poniendo ante su vista guantes bordados. Se rindió y compró un par, y como la de Boves la mirase sonriendo, se puso encarnada.

—¡Qué niña soy! ¿verdad? Si no me doy prisa y compro mi cordon, estoy perdida.

Por desgracia, había en la mercería tanta gente, que no pudo hacer que la despacháran. Ya empezaban á enfadarse, cuando el encuentro de la señora Bourdelais y sus tres niños las entretuvo. Ésta decía con su aire de mujer práctica que había querido enseñar aquello á sus niños. Magdalena tenía diez años, ocho Edmundo y cuatro Luciana. Reían de encanto. Su madre les había prometido aquel paseo hacía tiempo.

—Voy á comprar una sombrilla encarnada—dijo de pronto la de Marty, que se impacientaba de estar allí sin hacer nada.

Escogió una de catorce francos cincuenta. La señora de Bourdelais siguió la compra con la vista y la dijo amistosamente:

—Haceis mal en daros prisa; dentro de quince días lo hubierais tenido por doce francos. No me cogerán á mí...

Explicó su teoría de buena compradora. Puesto que los almacenes bajan los precios, no hay más que esperar. No quería ser explotada por ellos: ella era la que aprovechaba las verdaderas ganancias, y luchaba con su malicia, alabándose de no haberles dado nunca un sueldo de ganancia.

—He prometido á mi gente menuda—dijo—enseñarles las estampas, allá arriba, en el salon. Venid conmigo; hay tiempo.

Se olvidó el cordon y la de Marty accedió, mientras la de Boves rehusaba, prefiriendo dar la vuelta al piso bajo, aunque quedaron en encontrarse arriba. La de Bourdelais buscaba una escalera, cuando apercibió uno de los ascensores, y colocó á los niños para completar la partida. La señora Marty y su hija entraron también en la estrecha caja; iban apretados, pero las banquetas de terciopelo y los espejos las distrajeran, y llegaron arriba sin haber sentido el suave rodar del mecanismo. Otro regalo les aguardaba arriba. Al pasar delante del *buffet* no pudo menos que convidar la de Bourdelais á sus pequeños. Era el *buffet* un saloncito cuadrado, con un mostrador á cuyos dos extremos dos fuentes plateadas dejaban caer delgados hilos de agua. En los aparadores se alineaban las botellas. Tres mozos limpiaban y llenaban los vasos. Para contener á los compradores hubo que establecer cola como en los teatros, con ayuda de una pequeña barrera forrada de terciopelo. La gente se estrujaba, y muchos se volvían malévolos ante aquellas golosinas gratuitas, perdiendo todo escrúpulo.

—¿Dónde están esas señoras?—dijo la de Bourdelais cuando hubo limpiado á su gente con el pañuelo.

Percibió á la señora de Marty y Valentina en el fondo lejano de otra galería. Las dos, ante una exposicion de camisas, compraban. La madre y la hija desaparecían, en la fiebre de comprar.

Cuando llegó por fin al salon de lectura y escritura, la señora Bourdelais instaló á Magdalena, Luciana y Edmundo ante la mesa, y les llevó álbums de fotografías de un armario. El techo de la larga sala estaba cargado de oro; en los extremos había dos chimeneas monumentales; medianos cuadros con ricos marcos cubrían las paredes, y en los bancos de las crujiás que daban á los almacenes se alzaban plantas en tiestos de mayólica. El público rodeaba silencioso la mesa cargada de revistas y periódicos, tinteros y cartapacios. Las señoras se quitaban los guantes y escribían cartas en papel con la cifra de la casa que borraban de una plumada; algunos caballeros, recostados en las butacas, leían los periódicos. Otras muchas personas estaban allí sin hacer nada: maridos que esperaban á sus mujeres entretenidas en las secciones; mujeres jóvenes esperando la llegada de un amante; parientes viejos dejados allí como en un guardarropa para tomarlos á la salida. Y toda esta gente miraba por las crujiás al fondo de los

almacenes, cuyo rumor subía y se confundía con el rasguear de las plumas y el frotar de los periódicos.

— ¡Cómo! ¿estais aquí? — dijo la señora de Bourdelais; — no os habia conocido.

Era la señora de Guibal, que cerca de los niños desaparecía entre las páginas de una revista. Pareció contrariada por el encuentro; pero se repuso, y dijo que habia subido para descansar un poco y sustraerse á las apreturas. Preguntó la de Bourdelais si habia venido á hacer compras, y ella contestó con su aire lánguido, apagando la egoista aspereza de su mirada:

— Al contrario; he venido á devolver unas enaguas y unos portiers que no me gustan. Pero hay tanta gente, que he decidido esperar á que se desahoguen un poco las secciones.

Habló y dijo que era muy cómodo aquel sistema de las devoluciones; ántes no compraba nada, y ahora lo hacía más á menudo. Devolvía cuatro objetos de cada cinco y empezaba á ser conocida en todos los mostradores, devolviendo uno á uno los géneros despues de guardarlos muchos días. Al hablar no quitaba ojo de la puerta del salon, y pareció satisfecha cuando la de Bourdelais se distrajo explicando á sus niños las fotografías. En aquel instante entraron el señor de Boves y Pablo Vallagnosc. El Conde, que afectaba enseñar al jóven los nuevos almacenes, cambió una rápida mirada con ella, que se sumió en su lectura como si no le hubiese visto.

— ¡Pablo! — dijo una voz detrás de ellos.

Era Mouret que vigilaba los distintos servicios. Se tendieron las manos y preguntó:

— ¿Me ha hecho el honor de venir la señora de Boves?

— No — respondió el Conde — y con gran disgusto suyo. Está enferma — aunque no es cosa de cuidado.

De pronto hizo que veía á la señora de Guibal, y se aproximó á ella sombrero en mano, mientras los otros la saludaban de lejos. Ella fingió tambien sorprenderse. Pablo sonrió; habia comprendido al fin, y contó á Mouret que habiendo encontrado al Conde en la calle Richelieu, no pudo aquél evitarle y tomó el partido de llevarle á *La Dicha*, diciendo que era indispensable ver aquello. Desde hacía un año sacaba aquella señora todo el jugo que podia del Conde, no escribiéndole jamas y dándole citas en sitios públicos como museos, iglesias y almacenes, para verse.

— Creo que á cada cita cambian de cuarto de fonda — murmuró

el jóven. — Ultimamente, y girando visita de inspeccion, escribia á su mujer desde Blois, Libourne y Tarbes, y estoy seguro de haberle visto entrar en una casa de Batignolles... Mirale; está guapo delante de ella, con su correcto aire de funcionario. ¡La vieja Francia, amigo mio, la vieja Francia!

— ¿Y tu boda? ¿sigue eso? — preguntó Mouret.

Pablo contestó, sin dejar de mirar al Conde, que seguian esperando la muerte de la tia. Y añadió con aire triunfal:

— ¿Le has visto? Se ha bajado á ella y la ha dado una cita. Ella acepta con la mejor cara del mundo: es una mujer terrible con esos aires inocentes... Buenas cosas pasan en tu casa...

— ¡Oh! — dijo sonriendo Mouret — esas señoras están aquí en su casa, no en la mia.

Tomó la palabra y dijo que el amor, como las golondrinas, llevan la alegría á las casas. Las jóvenes que frecuentan los mostradores y las mujeres que por casualidad encuentran allí un amigo hacen bulto y dan animación á los almacenes aunque nada comprenden. Hablando, hablando, llevó á su antiguo amigo al extremo del salon, frente á la gran galería central, desde donde se descubrian las sucesivas secciones. Detrás de ellos seguía el salon en su sosiego, sus ruidos de plumas nerviosas y periódicos arrugados. Un señor anciano se habia dormido sobre el *Monitor*. El señor de Boves miraba los cuadros con la intencion de perderse de su futuro yerno. En medio de aquella calma, la señora de Bourdelais distraía á sus niños como en país conquistado.

— Ya las ves, están en su casa — repetía Mouret, enseñando con un gesto las muchas mujeres que pululaban en las secciones.

La señora Desorges, que casi habia dejado su abrigo entre el gentío, entró al fin y atravesó la primera seccion. Llegada á la gran galería levantó la cabeza. La gran galería era como la nave de una estacion, rodeada por el balconaje de los dos pisos, cortada por escaleras y atravesada por puentes-pasaderas. Las escaleras de hierro, de doble revolucion, desplegaban sus atrevidas curvas multiplicando los peldaños, rectas y como suspendidas en el vacío. Todo el hierro formaba bajo la luz de las claraboyas una arquitectura ligera, complicado encaje que la luz atravesaba, realizacion moderna de un palacio soñado, de una Babel formada por pisos y salones. El hierro reinaba por todas partes: el jóven arquitecto fué escrupuloso hasta el punto de no ocultarlo imitando la piedra ó la madera. Abajo, para no perjudicar á los géneros, el

decorado era sobrio, compuesto de trozos unidos de matices neutros; á medida que el armazon metálico subía, los capiteles de las columnas eran más ricos, las cornisas formaban medallones, los soportes estaban cargados de esculturas. En la parte superior, por fin, las pinturas resaltaban vivamente, el verde y rojo entre un exceso, una verdadera inundación de oro, hasta el punto de que las vidrieras estaban esmaltadas en aquel color. Bajo las galerías cubiertas, los salientes de las vigas estaban asimismo esmaltados en vivos colores. Mosaicos y porcelanas entraban en el decorado, alegraban los frisos é iluminaban con sus notas frescas la severidad del conjunto, mientras que las escaleras con los escalones de rojo terciopelo, sujetos con barras de hierro pulimentado, brillaban como el acero de una armadura.

Ya conocía la señora Desforges la nueva instalación, y sólo se detuvo como suspensa por la ardiente vida que animaba la inmensa nave. Abajo, en torno suyo, seguía el oleaje de la muchedumbre, cuyas corrientes de entrada y salida se dejaban sentir hasta las secciones de la sedería, muchedumbre muy heterogénea, en la que junto á la gran dama se codeaba la mujer del pueblo, mujeres de luto con grandes velos y nodrizas que protegían á sus muñecos con los codos. Y esta corriente de variados sombreros, cabellos al aire, rubios ó negros, rodaba de uno á otro lado de la galería, oscurecida por el brillante estallido de colores de las telas. La señora Desforges sólo veía por doquiera las grandes notas de precios, cuyas cifras se destacaban sobre las indianas brillantes, las sedas lisas y las lanas oscuras. Pilas de cintería coronaban las cabeceras; promontorios de franelas, tras de las que se veían otros mares de telas; los espejos que alargaban el almacén hasta el infinito reflejando los escaparates y parte del público; trozos de rostros, mitades de espaldas y brazos, mientras á derecha é izquierda, en las galerías laterales, se distinguía la nevada ropa blanca, las profundidades de los géneros de punto... lejanías perdidas alumbradas por un rayo de luz de una crujía acristalada, y en las que la gente era como polvo humano. Al levantar la cabeza la señora Desforges vió, en las escaleras, sobre los pasadizos, en las rampas de cada piso, una ascension continua, toda una población aérea viajando en los huecos de la enorme armazon metálica, y dibujándose oscura sobre el fondo difuso de los cristales esmerilados. Del techo bajaban grandes arañas doradas; un alfombrado de tapices, sedas bordadas y telas brochadas en oro caía sobre las ba-

laustradas en cascadas brillantes; de uno á otro lado vuelos de encaje, palpitaciones de muselinas, trofeos de sederías, apoteosis de maniqués medio vestidos, y sobre toda esta confusión, como suspendida arriba, la sección de ajuares de cama con sus catres de hierro provistos de colchones y sábanas, como un dormitorio de pensionistas que durmiesen entre el pisar de los compradores, más raros á medida que las secciones subían.

— ¿Desea la señora ligas baratas? — dijo un dependiente á la de Desforges al verla inmóvil. — Todo seda, á veintinueve sueldos.

No se dignó responder. Á su alrededor hervían las subastas, y quiso orientarse. La caja de Alberto Lhomme estaba á su derecha. Éste la conocía de vista y se permitió una amable sonrisa, sin mostrarse apurado entre la ola de facturas que le asediaban, mientras detras de él no se bastaba para empaquetar el género. La señora Desforges reconoció dónde estaba: debía ser frente á las sederías, pero necesitó diez minutos para llegar á ellas. En el aire, y al extremo de sus hilos invisibles, se multiplicaban los globitos rojos, se reunían en nubes purpúreas y corrían á las puertas, distribuyéndose por París, y besaba á los niños que los llevaban con el hilo arrollado en las manitas.

— ¡Cómo! ¿os habeis atrevido á venir? — dijo Bouthemout al ver á la señora Desforges.

Al presente, el jefe de oficinas, presentado por Mouret en su casa, iba frecuentemente á tomar té. Le hallaba ordinario, pero amable, con ese humor sanguíneo que divierte y sorprende. Además, la antevíspera la contó los amores de Mouret y Clara, sin cálculo, por torpeza de zafio amigo de broma, y celosa, ocultando su herida con aire desdeñoso, venía á conocer á aquella joven señorita de mostrador que dijo él sin nombrarla.

— ¿Quereis algo de nosotros? — repitió.

— Claro que sí; si no, no hubiera venido... ¿Teneis *foulard* para batas de mañana?

Esperaba saber de él el nombre de aquella señorita, picada del deseo de verla. Llamó á Favier, que se puso á hablar con ella, esperando que el dependiente acabase de servir á una compradora, precisamente la *hermosa dama*, la mujer rubia de quien la sección hablaba tanto, sin conocer su vida ni su nombre. Esta vez iba de luto riguroso. ¿Se había muerto su padre ó su madre? Su padre no, sin duda, porque estaría más triste. No era una *cocotte*: había tenido un verdadero marido... Á ménos que llevase luto por su